
PAUL RICOEUR

*La lectura del tiempo pasado:
memoria y olvido*

Madrid, UAM, 1998, 115 p.

La presente edición de *La lectura del tiempo pasado...* acompaña el texto de Ricoeur de una lúcida "Presentación", elaborada por Ángel Gabilondo, y de un apéndice final en el que se recoge una entrevista al autor realizada por Gabriel Aranzueque. Ambos documentos completan un texto que queda, así, presentado con todas sus posibilidades de sentido. Si la linealidad evolutiva de ideas que presenta Ricoeur imposibilitan la lectura desordenada, la "Presentación" y el "Apéndice" pueden intercambiar sus puestos, el lector puede moverlos a su antojo, en la búsqueda por completar las posibilidades de lectura.

La entrevista con Gabriel Aranzueque (titulada *Políticas de la memoria*) puntúa las claves de un texto que el propio autor califica de "inacabado". El debate ético sobre el tiempo y la memoria relega su dimensión estética. La memoria se presenta como ente del tiempo, el olvido es la obra del tiempo destructor. El autor nos introduce en este conflicto por medio de dos citas de Aristóteles, que van a recorrer la obra a modo de *leit-motiv*, la primera pertenece a la *Parva naturalia*, la segunda a la *Física* (Libro IV): "La memoria es del tiempo", "Todo cambio es destructor por naturaleza y todo se genera y se destruye en el tiempo" (p. 13).

El recorrido para abordar el enigma (memoria vs. olvido) se plantea con exquisita sencillez desde una triple estructura de aporías, que se corresponden con los tres primeros capítulos del libro: la de la memoria como experiencia individual frente a su valor como fenómeno social, colectivo y público; la de la imaginación en ausencia de huellas temporales, ante una memoria que busca erigirse en arquitecto de un pasado fiel, y la del derecho a introducir consideraciones casi patológicas en la relación de la memoria con la construcción de la identidad personal o colectiva.

En la primera de las aporías Paul Ricoeur presenta la memoria personal desde su



singularidad, por ser el depósito del vínculo original de la conciencia con el pasado, y por su capacidad para orientarse en el tiempo (del pasado al futuro). Mientras, la memoria colectiva inscribe nuestros recuerdos en los relatos de colectividad, que quedan reforzados por medio de conmemoraciones y celebraciones públicas. Este dualismo, aparentemente antagonico, puede salvarse por medio de la noción de “personalidad de rango superior”, como “proceso de objetivación de intercambios subjetivos”, a la manera de Husserl (p. 16), o considerando una constitución simultánea de ambas memorias. De esta manera, el lector asume la complejidad de una memoria, que no sólo funciona como uno de los mecanismos fundamentales en la propia construcción de la individualidad, sino como uno de los requisitos indispensables que convierten al individuo en miembro del colectivo humano y en partícipe de una cultura.

En la segunda aporía el autor enfrenta el enfoque estático del recuerdo presente en la mente, y el enfoque dinámico, que funciona como remonte en la sucesión de recuerdos intermedios. La fenomenología de la memoria ha de reelaborarse en función de la distancia temporal. La imaginación, siempre bajo sospecha, completa el valor de una memoria engañosa desde sus pretensiones de fidelidad y exactitud. De nuevo la claridad expositiva de Ricoeur hace que comprendamos las verdaderas dimensiones de un complejo problema. Las fronteras entre memoria, entendida como “testigo veraz”, e imaginación nunca podrán ser tajantes. Así, encontramos un complejo encaje de bolillos de suaves transiciones, compuesto por una pluralidad de matices de la que jamás nos habíamos percatado.

En la tercera de las aporías Ricoeur cartografía la memoria herida, sus traumatismos y abusos. El exceso de memoria o la insuficiencia de ésta funcionan como síntoma de la fragilidad de las identidades tanto personales como colectivas. Los usos de la memoria se encuentran en la encrucijada que queda trazada por el “trabajo del recuerdo” y el “trabajo del duelo”. Las tesis freudianas sobre el duelo y la melancolía encuentra aquí su aplicación (p. 32).

Estos usos y abusos de la memoria no inhabilitan la posibilidad de una “memoria justa”, que pone de relieve el papel crítico de la historia: “La historia ejerce fundamentalmente una función crítica respecto a los fraudes de la memoria, es decir, no sólo respecto a sus errores, sino también respecto a sus falsificaciones, ha de incorporarse a la función de distanciamiento inherente a la memoria” (p. 41)

La comprensión de la función crítica de la historia distingue el hecho histórico del acontecimiento real, diferencia el contenido del enunciado que trata de expresarlo. El entendimiento debe acostumbrarse a la pluralidad de relatos sobre los mismos acontecimientos, debe aprender a “contar de otra manera”, debe “dejarse contar por otros”. La memoria también enseña a la historia, la sitúa como disciplina retrospectiva en el movimiento de la conciencia histórica, conserva, por tanto, sus privilegios: “Al mismo tiempo que se relacionan dialécticamente las virtudes de la fidelidad de la memoria y

de la verdad histórica, se reconcilian los dos sentidos más importantes del término “historia”, no es posible “hacer Historia” sin “hacer historia” (p. 52). Después de haber leído esta tercera aporía tomamos conciencia del compromiso que debemos asumir con nuestra memoria histórica, de las manipulaciones y peligros a los que está abocado un lector no crítico de la Historia, (también de la historia).

Una vez recorridas las tres aporías Paul Ricoeur plantea un binomio que las completa y que da lugar a un cuarto capítulo: olvido y perdón. El olvido se analiza como contrapunto de la memoria y se recorre en sus diferentes grados y usos. El olvido que trabaja sobre la rememoración o la evocación, y también el olvido profundo, que borra las huellas de lo aprendido o vivido, o el olvido de lo inmemorial, de las fundaciones, de aquello que nunca podremos recordar, pero que nos hace ser lo que somos. También el olvido puede ser contemplado en tanto que estrategia de evasión, junto con la necesidad del olvido selectivo inherente a todo relato.

Todo olvido deberá jugar un papel honesto en su manifestación sobre la historia: “La escritura de la historia se caracteriza por un “uso razonado del olvido” implicado en el trabajo del recuerdo” (p. 60), “La suspensión de lo histórico mediante el olvido y la reivindicación de lo “ahistórico” sólo es el reverso de la fuerza del presente. En este punto el olvido vuelve a convertirse en la condición de interpretación del pasado” (p. 62).

El perdón completa la caracterización del olvido, como una forma de olvido activo, siempre en referencia a la “deuda”, cuya carga paraliza no sólo a la memoria, sino a su futura capacidad de proyección.

Las trampas del perdón, o la reciprocidad insalvable del “dar y el perdonar” se completan con la lúcida descripción del “perdón difícil”, que trabaja no sólo con los hechos; sino con sus sentidos, presentes y futuros, que acepta que haya pérdidas.

Creemos que hasta aquí la lectura de la obra va despertando progresivamente en el lector la necesidad de medir nuestra capacidad de incidencia sobre la configuración del olvido y la memoria, de valorar la propia presencia en el trabajo con el perdón, no sólo en tanto que seres individuales, sino también como miembros de la colectividad, como artífices de una historia, al tiempo que partícipes de una Historia.

El último de los capítulos, titulado “la huella del pasado”, se inscribe en el enigma del *no ser/haber sido*, en la frontera que separa lo epistemológico de lo ontológico, desde la aspiración de fidelidad de la memoria y veracidad de la historia, y también en la medida en que se interroga la noción de “ser pasado”.

El testimonio, por su carácter de transición entre la historia y la memoria, parece solventar el problema de la huella; ya no debemos cuestionar la semejanza entre acontecimiento y relato, basta con confrontar los distintos testimonios y ver si resultan fiables. Pero en el seno del testimonio también aparece el enigma. Tras esto sólo queda afirmar “el carácter irresoluble” del estatuto de la verdad y de la fidelidad de la memo-



ria y, consiguientemente, de la historia” (p. 83). “La verdad histórica siempre se encuentra en suspenso. Es plausible, probable y discutible. En resumen, siempre puede rescribirse”.

Finalmente, Ricoeur recupera el capítulo XI de las *Confesiones* de San Agustín, que había trabajado magistralmente en *Tiempo y relato*, en su intento por insertar el pasado en la dialéctica temporal. El pasado cumplido siempre se proyecta sobre el futuro del discurso, nos encontramos ante una perpetua reescritura de la historia, donde los hechos son imborrables, pero no sus sentidos. Podremos escribir la historia desde la deuda, que articula una carga moral, o desde la posibilidad de liquidación que plantea el olvido.

En la *Lectura del tiempo pasado: memoria y olvido* P. Ricoeur no sólo completa un espacio problemático, que ya apuntaba en *Tiempo y relato*, sino que descubre dimensiones nuevas. Las últimas líneas de la “Presentación” de Ángel Gabilondo, que abre la presente edición, confirman la espiral de sentidos que el texto de Ricoeur ha desatado:

Narramos historias de las que no nos consideramos plenamente autores y en las que quedamos, a la par, asimismo narrados. Somos, como el que nos recuerda, en busca del relato, de aquél olvidado que nunca tuvo lugar. Y ello nos permite ser *cada uno* (*chacun*), ese pronombre fascinante que atisba y reclama justicia.

BEATRIZ FERRÚS ANTÓN
Universitat de València